



## Liberado en el día del Señor

COMENCÉ A RELACIONARME con jóvenes de mala reputación cuando apenas era un niño de diez años. Era el mayor de cuatro hijos, me creía autosuficiente y mis ancianos padres ya no podían controlarme. Mis amigos, que eran mayores que yo, comenzaron a ofrecerme licor y luego caí en el destructivo mundo de las drogas. Los habitantes del barrio me veían durmiendo en las calles semidesnudo y sentían lástima de mí. Pensaban que como todo niño debería estar en la escuela, pero ahí estaba yo; tirado en la calle, golpeado, maloliente y despreciado por todos.

Cada día me volvía más violento y llegaba a mi casa gritando. Un día, agarré a mi anciano padre por el cuello e intenté estrangularlo, pero un primo me lo impidió arrebatándomelo de las manos. Mis hermanos y vecinos me despreciaban por mi conducta violenta.

A los 18 años, conocí a una joven y nos enamoramos. Decidimos vivir juntos y todos creyeron que al fin cambiaría, pero no fue así. Mi adicción aumentó y empecé a robar para poder comprar drogas. Un día, bajo los efectos de las drogas, robé un camión y lo estrellé contra un autobús. En el accidente murió una señora y luego de que salí del hospital fui encarcelado por homicidio culposo.

Nunca imaginé que en la Iglesia Adventista estaban orando por mí. Mi primo se había bau-

tizado y me ayudó a conseguir la fianza para quedar en libertad. Decidí casarme y posteriormente bautizarme junto a mi esposa. Un tiempo después, el Señor nos bendijo con el nacimiento de un hijo que le pedíamos en oración. Con todo esto, aún sentía que mi vida estaba vacía, pues no tenía una relación estrecha con Dios. Recaí, y al poco tiempo no quería saber nada de la iglesia. Nuevamente mi vida se convirtió en un infierno y quise suicidarme.

Un sábado en la mañana me arrodillé y le supliqué a Dios que tuviera misericordia de mí. De repente, escuché que tocaban a mi puerta y al abrir vi que era un amigo adventista. Él lloró conmigo y me llevó a la iglesia, donde todos me recibieron tal y como yo estaba. Ese día acepté nuevamente a mi Señor durante el llamado. Desde ese momento, mi vida cambió para siempre y mi hogar fue restaurado. Ahora mi madre, mi hermana, mi cuñada, mi esposa y yo servimos al Señor. Actualmente soy anciano de la iglesia, mi hijo estudia en el colegio adventista, mi esposa es maestra de niños y yo vivo para hablarles a otros de Aquel que un sábado me liberó. Maranata, ¡Cristo viene!

---

*Sr. Moisés A. Vásquez,  
Zaragoza, El Salvador*